

XXX

El médico no se había equivocado, don Manuel de Avendaño, después de algunos días de aparente alivio, cayó en cama gravemente enfermo. Parecía que todas las enfermedades se habían dado cita para destruir de un sólo terrible golpe aquella naturaleza ya muy gastada: el corazón, los pulmones, el hígado, todo estaba mal.

Desvaneciéronse las ilusiones que se había forjado, de alcanzar aún algunos años de vida, y esperó valeroso el último supremo instante.

Fray Agustín, Sor María del Socorro y Consuelo, casi no se separaban de la cabecera del enfermo.

Era Sor María del Socorro una guapa española, en la flor de la juventud, que había dejado patria, familia y mundana grandeza, por servir á Dios en sus hijos que sufren, en los pobrecitos enfermos. Era su alcurnia de las más brillantes, pertenecía á los grandes de España, pero lejos de deslumbrarse con el fugitivo esplendor de un nombre ilustre, se alegró mucho de ocultarlo bajo la humilde toca de la caridad; oyó la voz de su vocación, y fué á aumentar el número de esos án-

gels del mundo que llevan el glorioso título de "Siervas de María," y entre las cuales descollaba por la hermosura del rostro y más aún por la belleza del alma.

—Con esto descansaréis un poco, decía á don Manuel, ofreciéndole la medicina.

—No se necesitan ya remedios para el cuerpo, contestóle el enfermo, el alma le abandona.

—Probad aún, debéis buscar la salud hasta el último instante de la vida. ¿Deseáis incorporararos?

El paciente hizo una señal afirmativa.

Sor María del Socorro sentóse en el borde de la cama, ágil enderezó el cuerpo del señor de Avendaño con el brazo izquierdo y mientras Consuelo colocaba á la espalda de aquél varios cojines, uno sobre otro, para que se recargase, Sor María llevó el vaso de la medicina á los labios del enfermo é hizo que pausadamente la apurara.

—¿Ha venido Fr. Agustín? preguntó don Manuel.

—Acaba de llegar, ¿le necesitáis?

—Quiero hablar solo con él, dijo, y miró á Consuelo, que en pie, junto á la cabecera de la cama, contemplaba con tristeza la afligida faz de su protector.

—Voy á llamarle, repuso Consuelo.

—Iremos ambas, agregó Sor María del Socorro.

El enfermo se quedó algunos momentos solo, fijó en un Crucifijo que se elevaba en improvisado altar levantado frente á la cama del paciente, aquellos ojos grises de penetrante mirar, donde aún brillaba la vida y dos lágrimas asomaron á sus párpados; mas por la expresión del semblante comprendíase que no eran de dolor, sino de júbilo. La vida se extinguía; pero la inteligencia parecía concentrarse y ganar en intensidad; las verdades de la fe presentábanse tan claras á los ojos del alma, que hacían imposible la duda. El pensamiento de que por graves que fuesen las faltas del moribundo, eran inmensamente inferiores á la infinita bondad, derribaba los escollos de la desconfianza y de la presunción. Creía don Manuel estar presenciando los últimos instantes de un vespertino crepúsculo; pero sentía que al descender el sol á otras regiones íbase con él y pasaba de un crepúsculo á la luz de un pleno día. En esos momentos entró Fray Agustín, sus ojos se encontraron con los del paciente, y aquellas miradas, en el instante que se detuvieron contemplándose, hablaron con un lenguaje misterioso, donde cada palabra concentra toda una historia. Lo que hablaron se siente, no se

pronuncia, así es que cuando vibró trémula y apagada la voz del enfermo, no decía á Fray Agustín ya nada de nuevo.

—Padre, dijo don Manuel, asiendo con las dos manos lívidas y flacas la diestra de Fray Agustín, y mostrando los ojos dentro de sus hondas cuencas, iluminadas por alegría del cielo; Padre, la muerte se aproxima, la siento venir con veloces pasos, y yo, el gran pecador, cuya confesión general oyó usted ayer, no tiemblo; por el contrario, me regocijo, y la espero como á la dulce amiga mensajera del reposo eterno. ¿Es esto presunción ó culpable temeridad?

—Es, respondió el fraile visiblemente contaminado por la alegría de su interlocutor: confianza en la divina misericordia. Es que Dios, hoy como ayer, y mañana como hoy, cumple su palabra, y recibe en su paternal regazo al pecador contrito como si nunca le hubiese ofendido. ¡Qué digo! con más exquisita ternura que al justo que le sirvió su vida entera. Es usted ya el hombre nuevo, regenerado por el amor, próximo á entrar á la patria que nunca se deja. Allá en la plenitud de aquellas delicias, que atunan al constante anhelo la satisfacción constante, no se olvide usted de este miserable ministro del Señor.

Don Manuel no pudo contestar: la humildad del fraile le impresionaba hondamente. Cuando él era quien tenía que pedir oraciones, á las suyas se encomendaba el virtuoso sacerdote. Después de un rato de sublime silencio, don Manuel repitió impresionado una frase de Fr. Agustín:

—¡Hombre nuevo! ¿Hasta cuando? Cuando ya estoy á la orilla del piélago infinito de la eternidad.

—Nunca es tarde: el hombre es saneable por la divina gracia, y el mayor criminal, si á ella se acoge y con ella se une en estrecho abrazo, puede superar en hermosura á la inocencia y en méritos á la fidelidad de muchos.

—Yo lo que anhelo con inexplicable vehemencia, es superar á todos en gratitud. ¿Qué hubiera sido de mí sin la divina misericordia, aquel día funesto en que me decidí á atentar contra mi vida? Cuando pienso que entonces, víctima del hastío y de la desesperación, estuve á punto de hacer ambos eternos, no puedo menos de ser agradecido, y de regocijarme con un gozo que jamás había sentido, al ver tan próxima la muerte. Cuando pienso que no hice méritos ningunos para ganar tan alta gracia; que mi niñez, mi juventud y aun mi edad viril, fueron de oprobios é igno-

minias, y Dios tuvo piedad de mí; ese gozo crece hasta un punto que no me es dado explicar; y cuando recuerdo que la paz del alma comprada al precio del arrepentimiento, pudo perderse en un instante de flaqueza, y la mano paternal del Señor me sostuvo, ese regocijo se desborda y me regala tan intenso placer, que sobrellevo resignado los dolores físicos y creo encontrarme ya en el cielo. ¡Ah, Padre, qué dulce es morir! ¿Por qué tiemblan los hombres á la presencia de la muerte, la amiga que en ondas de incomparable suavidad nos lleva al descanso eterno?

—La muerte es dulce para el hombre rejuvenecido por la virtud de Cristo. Aquí, en esta antesala del Paraíso, ya no existe el hombre antiguo, el esclavo de las pasiones, el representante de las concupiscencias y soberbia de la vida, sino el hombre nuevo, hijo de Dios y heredero de su gloria.

En aquel momento oyóse en el zaguán de la casa la campanilla que anunciaba la entrada del Sagrado Viático, y el rumor de las personas que le acompañaban. Fray Agustín abrió la puerta de la recámara que había entornado al entrar. Los concurrentes, á quienes se había oportunamente avisado la hora en que el enfermo

recibiría á Su Divina Majestad, con cirios encendidos en la diestra mano, arrodilláronse formando dos hileras, por un medio de las cuales pasó el señor Cura con el Sagrado Viático; después se precipitaron todos al cuarto del enfermo y arrodilláronse otra vez. El Dr. Vélez acercóse á don Manuel, tomóle el pulso, y después de fijarse en el afilado rostro del moribundo, movió la cabeza, como señal de que no había esperanza.

El enfermo, muy conmovido, indicó con los ojos á Sor María del Socorro y al doctor Vélez, que le ayudaran á levantarse y ponerse de rodillas; el doctor le contestó:

—No, de ninguna manera, así está usted bien; no hay que moverse.

—¿Tiene usted algo que reconciliar? preguntó el señor Cura.

—No, señor, contestó el paciente con voz apenas inteligible.

Luego, levantando en las manos la Hostia inmaculada, oyó la profesión de fe del moribundo coreada por los asistentes, que también respondieron á las preguntas del sacerdote, y descendió al pecho del hombre, nuevo por la gracia, el pan de eterna vida.

Poco después, el señor de Avendaño, contemplando el Crucifijo, que apenas podía sostener en las manos, entró en ago-

nia; á un lado de la cabecera, estaba Consuelo, y al otro, Fray Agustín y Sor María del Socorro; aquélla y ésta, de vez en cuando le limpiaban el frío sudor de la muerte ó humedecían los secos labios del enfermo, y Fr. Agustín, ora murmuraba al oído de su querido hijo palabras de consuelo y esperanza; ora, con el hisopo en la mano, pronunciaba exorcismos; ora absolvía; ora, en fin, rezaba fervoroso mientras que los circunstantes en coro encomendaban á Dios el alma del moribundo.

Momentos después, con la última contracción de la boca, aquella alma abandonaba el cuerpo y volaba á su Criador. Consuelo exhaló un ¡ay! de honda aflicción.

—Por segunda vez quedo huérfana, dijo llorando, y cayó en los brazos de Sor María del Socorro que se esforzaba por consolarla.

Las sombras de la muerte cubrieron de tristeza los corazones de todos, sólo Fray Agustín, meditabundo é impresionado, alababa en lo íntimo de su alma, las inagotables bondades del Señor.

XXXI

La familia del señor del Río, especialmente Eva, prodigaron á la huérfana, toda clase de consuelos, pues la joven sintió mucho la muerte de su protector. No la dejaría abandonada, de ello estaba segura, pero Consuelo tenía la rara cualidad de ser agradecida, y don Manuel había sabido granjearse el afecto de su protegida.

Doña Tula, pagando tributo á la humana miseria, entristeci6se, temerosa de que don Manuel no hubiese asegurado la entrega de la pensión asignada á la huérfana, pues, aunque veía á Consuelo como á hija, más aún desde el matrimonio de Eva, le era sumamente grato recibir puntualmente una mesada que gastaba á su gusto, porque nadie le pedía cuentas de ella, y don Manuel siempre fué solícito para dar á su hija adoptiva cuanto creía que necesitaba, sin tomar en consideración la suma que designado había para sus alimentos.

Pasado el entierro, y aun antes que espirasen los días de riguroso luto, todos, menos Consuelo, empezaron á hablar del testamento del acaudalado zacatecano, el cual testamento, según los públicos rumores, había quedado en poder de Fr. Agus-

tín. Este había estado varias veces á visitar á la huérfana, pero ni una palabra le había dicho del tal testamento. La última vez que habló con ella, doña Tula alarm6se mucho, porque el sacerdote, fijándose en la extrema palidez de Consuelo le dijo:

—Hace tiempo que usted está enferma; quizás necesite el aire del campo. Piense usted á dónde quiere ir.

—Nos quitan á Consuelo, decía doña Tula á su esposo y á su hija, sin duda que así lo dispuso don Manuel.

Consuelo, en efecto, hacía tiempo que se sentía enferma; frecuentemente estaba acallenturada y dormía poco y mal, pero sufrida como generalmente son las huérfanas, y creyendo pasajera su dolencia, callaba y aun disimulaba sus males cuanto podía.

Eva persuadía á su madre de que sus temores eran infundados, y don Juan, con su nunca turbada calma, contestaba siempre á su esposa con un no tengas cuidado.

A desvanecer todos los temerarios juicios vino la apertura del testamento del señor de Avendaño, presentado oportunamente al Juzgado de lo Civil por el abogado de Fr. Agustín, hombre docto, de bien ganada reputación. Don Manuel legaba una fuerte cantidad en numerario á Fray

Agustín, á quien nombraba, además albacea y ejecutor testamentario; otro legado á Luisa Ramos, y en el remanente de todos sus bienes, instituíó á Consuelo por única y universal heredera.

Pronto supo todo Zacatecas la última disposición del finado. Entre las desheredadas de la fortuna, aquellas que jamás se han conformado con su pobreza, murmuraban insensatas de la Divina Providencia, porque, desde la orfandad y la miseria había elevado hasta la cumbre de la prosperidad á una joven, á quien, por añadidura, había dotado de soberana hermosura. Se consideraban con mayores merecimientos que la huérfana para ser encumbradas, y á no pocos mezquinos corazones mordió voraz el gusano de la envidia.

Indecible fué el júbilo de doña Tula y de toda su familia al saber la feliz nueva. Consuelo también se alegró, pues el caudal de don Manuel la independizaba de todos. Ahora faltábale sólo el ser amado, y estaba firmemente convencida de que vendría á buscarla. Ciertas misteriosas palabras de Luisa Ramos, habían aumentado la firmeza de aquella convicción.

Eva felicitó cordialmente á su hermana:

—No te falta ya, díjole, sino que un Angel, como el mío, te haga dichosa.

—¿Eres de verdad feliz?

—Lo soy, Consuelo; Angelito es más bueno de lo que yo creía, y me quiere más de lo que pude imaginarme. ¡Ah! ahora pienso que son muchos los buenos matrimonios que pierden nuestras amigas por buscar en los maridos sólo buena cara y donaire; busquen corazón y honradez, y acertarán.

—Pero qué la varonil belleza ¿es incompatible con la bondad?

—No, pero ambas cualidades no suelen andar juntas por este mundo.

—Quizás Ricardo es una excepción.

Eva miró á su hermana de hito en hito, sin contestarle ni una sola palabra.

—Matrimonio y mortaja, añadió la hermosa rubia, dell cielo baja, dice el proloquio, y no hay que darle vueltas; para tí estaba destinado Angelito, y para mí...

—Ricardo, acaba; ¿no es eso lo que ibas á decir?

—¿Te disgustas?

—¡Inocente! ¿qué me iba á disgustar! ¿Desde cuándo le quieres?

—Desde que le conocí; perdóname si no te lo he dicho, si no podía, si no debía decírtelo antes.

—¡Pobre hermana mía! Ahora comprendo más que nunca tu bondad; pero me entristece la revelación de tu secreto.

Ricardo no te hará feliz, un hombre como él no puede hacer dichosa á nadie.

Para tí quisiera otro Angelito.

Consuelo hizo involuntariamente un gesto de repugnancia. Si le hubiera parecido insensata la comparación entre Ricardo y Angelito, más descabellado aún le parecía que antepusiese éste á aquél, y guardó silencio.

—Por ventura, ¿dudas de que sea dichosa? díjole Eva. Lo soy, Consuelo, de ello puedes estar segura.

Eva no mentía; aquel corazón que entre sus buenas cualidades tenía la muy escasa de la gratitud, fué fértil terreno donde en breve arraigó profundamente el amor de esposa, y Angelito, que bajo su aspecto poco atractivo y simpático ocultaba la verdadera nobleza, la nobleza del alma, pudo enorgullecerse de haber obtenido un tesoro de inestimable valía. No obstante, contristó mucho á la joven esposa la revelación que le hizo su hermana. Creía de buena fe que Ricardo no la haría feliz é indignábase consigo misma por no haber sido bastante perspicaz para descubrir el amor de Consuelo. Llegó aún á pensar que el ingeniero había estado á la vez en amorosas relaciones con ella y con su hermana, y por último, aunque no amaba á Ricardo, y en esos momentos aseguraría

que nunca le había amado de verdad, no le gustaba para esposo de Consuelo, aun cuando se hubiese regenerado y hecho un santo. ¿Por qué no le gustaba? No acertaría á decirlo, porque en lo menos que entonces pensaba era en el amor propio.

Luisa había noticiado á su hermano la boda de Eva, la muerte de don Manuel, y, por último, la disposición testamentaria de éste, en la que ella tenía un legado de cuantía. “Vente, vente, á la mayor brevedad posible, decía á su hermano.”

Ricardo sintió en el alma la muerte de su protector y amigo, y púdole mucho no haberle acompañado en sus últimos momentos. Preocupóle también la nueva de que Consuelo había sido heredera universal del finado, pues estaba resuelto á casarse con la huérfana, y aquel acontecimiento le inquietaba sobremanera. Van á creer, pensaba, que voy en pos de su fortuna y no de su cariño. Todos supieron mis relaciones con Eva hasta en sus más ligeros pormenores, y ahora ¿qué van á pensar de mí, Dios mío? El creía amar ya á Consuelo; la dulce imagen de la linda rubia habíale acompañado en su ausencia, en ella habíanse aunado entonces todas las ilusiones de la soñadora juventud; había hablado desde lejos á su corazón, y héchole temblar de placer; el recuerdo

de los ojos de cielo que le miraban constantemente le habían arrancado lágrimas de ternura. Crean lo que quieran; suceda lo que suceda, yo la amaré, sí, aunque Luisa se haya engañado y Consuelo no me quiera.

Con esta resolución alejose del hemmoso puente que fue por algún tiempo el lugar de su voluntario destierro, y rebosante de ilusiones y esperanzas parti6 para Zacatecas, su nunca olvidada tierra

XXXII

Consuelo no ha querido hacer cama; pero está mala, muy mala. Allí, en aquel poético cuartito, donde han volado, constantemente en angélicas formas, tantas amorosas ilusiones, está la joven soñando aún, pero con tanta viveza, que el sueño casi se confunde con la realidad. Sentada en la poltrona, su silla favorita, la que si traducir supiera pensamientos, nos referiría poemas aún no escritos en el humano lenguaje; allí espera con inquebrantable fe al dueño amado, pues sabe ya por Luisa que vendrá pronto. Cierra los ojos del cuerpo y abre los del alma, y ve ora campos por donde cruza veloz el fe-

rrocarril, ora montañas de riquísima vegetación por donde airosa trepa, sin detenerse un momento, la humeante locomotora.

Entre los pasajeros distinguese aquel de elevada frente, ojos negros y expresivos y sedoso bigote que hermosea el varonil rostro, es Ricardo, el dueño de su alma, á quien pronto verá á su lado; por eso la niña sonríe, por eso brilla en sus pupilas inefable regocijo.

Entretanto, en el cuarto contiguo conversan en voz baja el doctor Vélez y Fray Agustín.

—Creo, dice el doctor al venerable sacerdote, que debe aneglar todos sus negocios; la muerte se acerca con vertiginosa celeridad y elige hoy para su víctima á la dorada juventud henchida de ilusiones y ávida de dicha. ¿Qué le vamos á hacer? Por mi parte, el mayor sacrificio sería pequeño por salvar esta preciosa vida.

—¿Vivirá aún algunos días? interrogó con resignación Fr. Agustín.

—La muerte puede llegar de un momento á otro; estas enfermedades del corazón son traidoras, hieren como rayo.

Despidióse el doctor de Fr. Agustín, ofreciendo volver, y éste dirigióse pensativo á la alcoba de Consuelo. La niña, que

acompañaba con la imaginación á Ricardo en su viaje, volvió de su ensueño al oír los golpecitos que con los dedos daba el Padré en la vidriera del aposento.

—Adelante, pase usted, dijole con dulzura. Fr. Agustín sentóse cerca de la enferma; quedóse observándola por algunos momentos, como para comprobar con sus propios ojos cuanto el doctor acababa de afirmar, luego, dando á la voz la mayor suavidad posible, dijo á Consuelo.

—¿Está usted contenta?

—Sí, padre, lo estoy; no sé qué presentimiento tengo de alegrías por mucho tiempo esperadas.

—¿Y si Dios no quisiese que usted goce de tales alegrías?

—Dios sí quiere; se lo he pedido por que lo que yo quiero es bueno, y Dios es más bueno que todo lo que yo quisiera.

—Es verdad; siempre acoge y despacha benévolo la oración bien hecha.

—Es lo que yo afirmo y creo con vivísima fe.

—Sí, pero cuando nos niega lo que le pedimos, porque así nos conviene, nos da otra cosa mejor.

—Y ¿qué me puede dar á mí mejor que Ricardo?

—¡Ay! gritó la joven apenas había concluído la frase, su amor la había vendido

y si su lívido rostro no se coloreó, fué por que se hallaba casi éxangüe, pero bajó la cabeza agobiada al peso de la vergüenza.

—Nada tema usted, dijole Fr. Agustín compadecido, no es delito amar, por el contrario, el alma que sabe querer es más apta para la virtud, si su cariño no traspasa el lindero marcado por la ley divina.

—Yo, contestó Consuelo reanimada por la voz del sacerdote, he creído que la bondad y el amor son una misma cosa, pero soy muy ignorante. Los buenos quieren á todos; los malos no quieren á nadie. ¿Recuerda usted á don Manuel que enterró á mi madre y me sacó de la tristeza de la orfandad? Era tan bueno, que lloraba de compasión ó de amor, que para mí también es lo mismo, á la simple vista de un niño harapiento.

—Sí, hija mía, dice usted bien, pero todo debe amarse en Dios y por Dios.

—Yo nunca me he puesto á pensar cómo amo á... —aquí la niña se detuvo un momento y luego añadió, á todos, á todos, hasta á los malos, porque debe una compadecerse de ellos y encomendarlos á Dios.

—Y si yo dijese á usted: Consuelo, está ya usted madura para el cielo; pronto vendrá el Divino Segador, á arrancarla

del lozano huerto de sus escogidos, ¿no sería lo mismo que decirle: El Dios de su amor y de su confianza despachó superabundantemente la plegaria de usted y en vez de darle el efímero paraíso de la tierra, donde todas las flores tienen espinas, le da el cielo, donde todo es amor, cuanto en rebosante medida contiene puede el humano pecho; amor sin sozobras, sin temores, sin la menor sombra de desconfianza, ni de celos; amor inacabable, inmenso, ¿no clamaría usted regocijada: ¡Bendita sea la bondad del Dios de mis mayores?

Dijo Fr. Agustín aquellas palabras con tan suave tono, con tan delicada ternura, con tan divina unción, que Consuelo rompió á llorar. Todo lo había comprendido. Allí, en la pieza contigua á la suya acababa de ser deshauciada. Aquella sentencia de muerte tronchaba en botón todas sus ilusiones, y pagaba con llanto y sollozo tributo á la humana flaqueza.

El fraile dejó á aquel corazón desahogarse á sus anchuras; púsose en pie y luego dió vueltas en la alcoba; sus labios movíanse sin cesar, era evidente que oraba.

—¡Ay, nací para sufrir! murmuró Consuelo, después de exhalar un prolongado sollozo; en mi niñez, hambre, miseria, indecibles dolores; en mi juventud, la más

espantosa de las soledades, la soledad del alma; anhelos imposibles nunca satisfechos, y hoy que de heredar acabo un nombre ilustre, un caudal crecido, y que hacia mí viene el ser amado á trocar en realidad mis más deleitables ensueños, la muerte, la implacable muerte, enemiga de la terrena ventura me grita: detente, el templo de la felicidad está cerrado para tí.

Dijo y rompió á llorar de nuevo. Fr. Agustín no contestó ni una palabra, pero su actitud habló con la vigorosa expresión de los santos; detúvose un momento ante la joven, y con los ojos arrasados de lágrimas, levantó majestuoso la diestra mano, señalóle el cielo y continuó orando:

Imposible sería descifrar lo que en aquellos instantes pasaba en el alma de la huérfana; á veces parecía luchar, á veces rendirse á la fuerza del dolor; ora sus ojos se elevaban al cielo, como quejándose con Dios, ora inclinaba la cabeza como aceptando el sacrificio, y debió de concluir por resignarse, porque dijo á Fr. Agustín:

—Cúmplase en mí, la voluntad de Dios.

El Padre se detuvo, su semblante resplandeció con la luz de inefable gozo.

—¡Bendita seas, hija mía! exclamó.

—Padre, cuando me muera, da usted la tercera parte de mis bienes á las huérfanas, y lo demás, todo, todo es para Eva, mi querida, mi inolvidable hermana. Disponga usted cuanto sea necesario para que se cumpla mi voluntad; que hoy mismo venga el Notario.

—Se cumplirá todo, hija mía.

—Y esta tarde, venga usted á preparar para la muerte á la gran pecadora, que siente dejar á un ser amado cuando va á ver á Dios. ¿Verdad que soy muy mala, Padre?

—Usted lo ha dicho, el amor es virtud. Yo encaminaré ese amor hacia el cielo.

El Padre bendijo á la huérfana y se despidió de ella, en extremo conmovido.

XXXIII

Hay en la casa de Luisa inmenso regocijo: el hermano ausente acaba de llegar; la hermana fué á encontrarle hasta la estación. ¡Cuán guapo está! Algo quemado por el fuerte sol de la costa, pero ésto no le afea. El bigote ha crecido bas-

tante, termina ya en retorcidas puntas negras, muy negras, y á Luisa le parece que los ojos del joven tienen más luz. ¡Con razón le quiere Consuelo! Ricardo es lo que llamarse puede un buen mozo en toda la extensión de la palabra.

Después de los abrazos, las preguntas se sucedían sin orden ni concierto, hasta que mitigado el primer ímpetu de la fraternal alegría, los hermanos contáronse circunstanciadamente los principales hechos acaecidos durante su ausencia. Ricardo, cuando de Consuelo se hablaba, quería que Luisa le repitiese hasta la saciedad cuanto le refería; que le explicase por qué afirmaba que le quería; cuanto en ella pudo observar, todo, todo, aun cuando fuese la más insignificante acción. Luisa, condescendiente, satisfacía á su hermano. Propúsole que del legado que le hizo don Manuel, tomase lo necesario para las donas y gastos de boda, para no tocar, ni en un ápice, la fortuna de Consuelo, que aumentaría mucho, mucho, con la actividad y constante trabajo del joven ingeniero, que ya era, según Luisa, muy bueno, y con la experiencia adquirida, había olvidado para siempre las locuras de antaño, y nunca jamás haría una calaverada.

—¡Que voy á hacerla!, contestaba Ricardo con fruición y entusiasmo, si voy á vivir para mi Consuelo y para mi Luisa, que al título de hermana auna el cariño de madre; sí, mi Luisa, tienes derecho á que te dé el dulce nombre que bien mereció la santa que está en el cielo.

De los ojos de Luisa rodaron lentamente dos perlas arrancadas de lo íntimo de su corazón por la ternura. ¡Qué dichosos vamos á ser, pensaba, si mi hermano no es malo, nunca lo ha sido. No supieron comprenderle, y le precipitaron en locuras disculpables á su edad.

Aquel día fué de ilusiones, de proyectos, de esperanzas, y en animada conversacion duraron los hermanos hasta muy avanzada la noche. Mas ¡ay! ¡cuán fugaz es la dicha! Parece á veces que se burla de nuestro candor de niños, porque á pesar de la cotidiana experiencia, no podemos resolvernó á creer que este mundo es erial de miserias y lágrimas. Y ¡en cuántas cosas somos siempre niños!

Al siguiente día, aún saboreaban Luisa y Ricardo sus ilusiones de la víspera, cuando tuvieron la fatal noticia de la gravedad de Consuelo, quien había ya

testado y recibido todos los auxilios espirituales.

En el corazón de Ricardo pareció detenerse la circulación de la sangre al recibir tan funesta nueva; no pudo hablar y daba lástima la angustiada expresión de su semblante. Luisa se empeñó en consolarle, y á duras penas pudo devolverle la esperanza.

Entre tanto, Consuelo, alegre con la noticia de la llegada de Ricardo, se sentía muy mejorada. Pidió que la sentasen en su asiento favorito, y la complacieron; abrigáronla, pusieronle un cogín á los pies, y rogó que dejaran entrar á sus amigas, á quienes oía conversar en la sala en voz baja.

Eva y Paquita, seguidas de Julia y Chole, entraron á la alcoba de la enferma y besaron las lívidas mejillas de ésta.

—Me siento muy bien, deciales Consuelo, llena de gozo. Creo que el mal ya se fué. A ustedes, ¿cómo les parece que estoy?

—Estás mejor, mucho mejor, contestó por todas Paquita, aunque su voz no tenía la firmeza de la certidumbre.

—¿Y Luisa?, ¿dónde está Luisa? ¿por qué no ha venido Luisa?

—Luisa, repuso Julia, está hoy con su hermano, que llegó ayer. Tan luego como pasen los ímpetus del natural regocijo, iré á verla y la invitaré á que venga á verte.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Quizás la vea yo antes. Espero en Dios que mi convalecencia no ha de ser larga, y desde ahora me propongo que para ella sea mi primera visita. Y su hermano, ¿cómo está?

—Ayer, repuso Paquita, por casualidad le ví bajar con Luisa del tranvía. Me parece que está más alto y más robusto, aunque algo quemado por el sol.

—Pero más guapo, eso sí, no cabe duda, dijo Julia; yo también te ví á tí, y más te diré, fui únicamente por la curiosidad de verle, pues sabía que llegaba ayer. Al fin es antiguo amigo. Dicen que ha cambiado mucho, muchísimo, que es muy bueno.

—Siempre lo ha sido, repuso Consuelo.

—Puede ser, puede ser, murmuró Chole; pero yo he sido siempre muy desconfiada.

Un pensamiento pasó entonces por la mente de Consuelo; era seguro que Ri-

cardo pasaría por enfrente de la casa, y ella quería verle. Instó á sus amigas para que abrieran el balcón y la sentaran cerca de él. En esos momentos entraba Sor María del Socorro, á quien consultaron acerca de los deseos de Consuelo.

—Si me falta aire, dijo la enferma, necesito mucho, mucho aire.

—Abridle, dijo Sor María, ésto no le puede hacer mal; colocad la silla donde ella quiera.

—Pero quiero pedir á usted un favor, dijo Consuelo á Sor María.

—Pedidlo, hija, pedidlo con confianza.

—Que me lleven á mi lecho un momento, porque deseo ponerme otro traje.

—Y yo he de ayudaros á ello.

—Y yo... y yo, dijeron las demás.

—¿Cuál quieres?, preguntó Paquita.

—El más blanco que tenga, con el que me hubieran enterrado si me hubiera muerto.

Momentos después, Consuelo estaba cerca del balcón, alegre, como el primer día de sus ilusiones, con vaporoso traje de gasa blanca, y la caballera unida tras del cuello con un lazo de listón, caía en ondas de oro hasta tocar la alfombra.

El rostro muy pálido y perfectamente perfilado, mostraba las correctas líneas de aquella soberana hermosura, endulzada siempre por angelical sonrisa. ¡Si le parecía que había sido ayer cuando conoció á Ricardo! Con tal viveza conservaba el recuerdo de la primera vez que le miró!

Consuelo habló con entereza algunos momentos, y las circunstancias, con excepción de Sor María del Socorro, creyeron de verdad en una sólida mejoría. De pronto, la joven clavó los ojos en un punto de la calle, y quedóse como estática; Ricardo había aparecido en la acera de enfrente. La mirada de la apasionada joven encontróse con la de Ricardo, y aquellas miradas fueron, por su intensidad y su ternura, el ósculo de dos almas. Una inefable sonrisa contrajo los labios de la huérfana.

—“Me ama, soy feliz, clamó la niña en lo más recóndito de su pecho; el gozo obligóla á incorporarse, lanzó un ¡ay! intraducible, y cayó desfallecida.

Todas corrieron hacia ella, y miráronse espantadas. ¡Estaba muerta!

XXXIV

Los balcones de la alcoba de Consuelo están abiertos de par en par, y en el centro, tendida en su catre, lívida y yerta, con el mismo traje de gasa blanca, elegido la vispera, está la soberana belleza que tanto admiró el mundo, caída en el sepulcro en plena juventud. Parece dormida, y la muerte no ha borrado del rostro la intensa expresión de suavidad. Los circunstantes, cabizbajos, guardan respetuoso silencio; chisporrotean los gruesos cirios, y mientras Luisa cubre de flores el cadáver, Eva, llorosa, corta una guedeja de los cabellos de oro de su hermana, y ciñe sobre su frente la guirnalda de azahares que en el día de las bodas, ella ostentó en su cabeza de virgen. Era el más valioso obsequio que podía hacerle.

.....

Algunos días después, un joven en la flor de la edad y de las ilusiones, pensativo, pero con el semblante al parecer sereno, como si hubiese hallado plena tranquilidad en una firme resolución, estaba en pie, en la estación del Central, con la vista fija en el tren que se aproxi-

maba. Una enlutada, con la cabeza cubierta y la vista clavada en el suelo, encontrábase cerca de él: eran Ricardo y Luisa.

—Adiós, hermana mía, dijo el joven á su compañera, hasta el cielo.

—Adiós, Ricardo, no me olvides en tus oraciones.

—No, Luisa, hermana mía, tu cariño es la única flor que llevo del erial de este mundo; no se marchitará nunca. En la soledad del claustro aspiraré con satisfacción su exquisita fragancia. Allí, en el convento de San Luis Rey, donde tantos se han curado de las dolencias del alma, á ejemplo de mi ilustre benefactor, morirá el hombre antiguo, y sólo vivirá para gloria de Dios el hombre nuevo.

FIN

